

JUAN CABRE Y LA RESTAURACION

Texto: M^a de la Encarnación Cabré
Herreros y Juan Antonio Morán.

I.- ETAPA DE FORMACION.

EN el verano de 1902, a punto de cumplir los veinte años, estando de vacaciones en su pueblo natal, Juan Cabré, por entonces estudiante de Bellas Artes en la Escuela de San Fernando, velaba las armas en la Arqueología de campo, iniciando una campaña de prospecciones en cerro de San Antonio de Calaceite, que hubieron de afectar a los recintos adosados a la muralla del poblado ibérico.

Los resultados de estos trabajos fueron parcialmente publicados por el excavador en su momento¹, pero su estudio más completo sobre el tema solo recientemente ha visto la luz².

Entre los objetos rendidos por estas excavaciones destacaba, sin duda, un magnífico conjunto de piezas cerámicas, lisas y con decoración incisa de manufactura local, pintadas ibéricas y, finalmente, importadas del mundo clásico. El material gráfico aportado por el autor -dibujos a plumilla y a carbón, aguadas, acuarelas y fotografías- nos muestra un número significativo de ejemplares completos, y hemos de suponer que, aunque las

circunstancias de la destrucción del área prospectada propiciaran la buena conservación de estos vasos, algunos de ellos, tal vez por su entidad cualitativa, fueron restaurados por Cabré, para su posterior publicación y exhibición; la evidencia de lo antedicho nos la proporciona una fotografía incluida en el manuscrito del Catálogo Monumental de Teruel, que representa un lote cerámico hallado en lo que el neófito arqueólogo hubo de denominar "Departamento 1"³, pues en ella puede verse el conocido Kylix ático de barniz negro, manifestando clara e indistintamente las reintegraciones de escayola a su color con que Cabré le completó al restaurarlo (Fig. 1); este documento, tal vez fechable en 1907, y que no es excepcional en el ámbito de dicho Catálogo⁴, resulta precioso para testificar, ya en la primera década del Siglo, la existencia de la corriente criteriológica de no reintegrar "a lo oculto" en el caso de las piezas arqueológicas.

No sabemos con certeza donde adquirió Cabré sus conocimientos de restauración y el carácter vanguardista de los criterios con que los aplicaba, pero hay que tener en cuenta que, por entonces, ya había establecido estrechos contactos con importantes colecciones arqueológicas, asociados a las cuales tenía que haber necesariamente profesionales de estas técnicas. Por lo demás, no es extraordinario que en el mismo entorno de la Escuela de San Fernando hubiera oportunidades de aprender restauración de cerámica, aunque

esta materia no figurase implícita en sus programas.

En cambio es un hecho que Cabré, estudiante de Bellas Artes, también cursó Restauración en las aulas de la calle de Alcalá, pero en la especialidad de pintura de caballete; aparte del interés que pudieran suscitar en el aprendiz de artista las técnicas y procedimientos de esta disciplina, no cabe negar que, al abordarlas, sus motivaciones hubieron de ser básicamente de orden práctico, pues su situación económica, como hijo de viuda carente de recursos, y dependiente de una modesta beca de la Diputación de Teruel, revestía una indudable precariedad, que le decidió a trabajar para el anticuariado de Madrid y, sobre todo, para cierta firma bastante acreditada de la calle del Prado. En este sentido, uno de nosotros recuerda todavía haberle oído contar cómo, antes de confiarle su primer trabajo, el anticuario le sometió a una prueba, exigiéndole llevar a cabo una forración cuyo proceso revestía especiales dificultades; estos detalles de la vida de Cabré, aparentemente tan ajenos a la profesión en la que obtuvo tantos logros científicos, y que le procuró un lugar relevante en nuestra Arqueología, son absolutamente inéditos, y aunque es oportuno aludirlos precisamente ahora, desde Pátina y para el homenaje de Amitrano, tal vez puedan resultar de utilidad también cuando se aborde el capítulo historiográfico relativo a la formación de nuestros primeros arqueólogos.

La etapa de aprendizaje de Cabré en materia de restauración habría

ya concluido cuando acometió el trabajo más notorio y, desde luego, más controvertido de su carrera en este campo: el arranque de las pinturas rupestres de la roca de "Els moros" en el barranco de Calapatá, Cretas (Teruel). Las acervas críticas vertidas sobre la actuación del arqueólogo en este caso tienden a responsabilizarle del hecho, ciertamente lamentable, de que no haya subsistido en su contexto natural un documento tan importante del arte parietal levantino, cuya significación, trascendiendo incluso a su extraordinaria categoría estética, ha llegado a ser emblemático en nuestra Prehistoria, por tratarse del primer espécimen de su mundo cultural, descubierto en 1903, precisamente por Cabré. Pero, si es evidente que, de haber tenido lugar los hechos bajo circunstancias iguales o parecidas a las propias de nuestros tiempos, respecto a la legislación sobre Conservación de Patrimonio o, por lo menos, a la sensibilidad del pueblo ante estos temas, el rigor de tales críticas hubiera contenido una justificación objetiva, en los días juveniles del arqueólogo bajoaragonés, y ante la grave situación de peligro con que veía amenazadas las pinturas, cualquier sombra sobre su conducta tiende a desvanecerse, y las intenciones que impulsaron su manera de actuar adquieren su verdadero significado.

Antes de entrar en los hechos, será bueno recordar que en 1907 ninguno de los abrigos de arte levantino descubiertos gozaban de la tutela del Estado; y por lo que respecta de la educación del público ante estas manifestaciones, solo

hay que decir que, en el caso del abrigo dels Moros, también conocido en la comarca con el significativo nombre de "Roca dels cuartos", además de que los pastores solían ejercitar con frecuencia su puntería arrojando piedras sobre las representaciones, existía una arraigada tradición local según la cual los moros habían escondido en la peña un tesoro de joyas y monedas, pintando después los ciervos a manera de referencia que señalizaba el acceso a dicha ocultación; ello explica que Cabré se sintiera, como descubridor de las pinturas, en la obligación moral de protegerlas. Y no hallando, en la indefensión en que se encontraban, otro recurso que el de aislarlas de las pedradas de pastores o de la dinamita de los buscadores de tesoros, por medio de su traslado a lugar seguro, procedió a realizar un cuidadoso arranque. Y es lo cierto que, poco después de que nuestro arqueólogo consiguiera separar de la roca básica, y en tres placas, las figuras de los ciervos, cierto prospector singularmente activo, el Tejero de Cretas, volaba con explosivos el canchal, destruyéndolo parcialmente⁵. En cambio, las losetas que contienen las pinturas aunque con visibles alteraciones superficiales, debidas a los impactos de los proyectiles que, como se ha dicho, habían recibido, han llegado hasta nosotros, pues se conservan en el Museo Arqueológico de Barcelona (Fig. 2, b)

Otros arranques de este tipo, realizados por Cabré en aquella época, responden a la misma preocupación de proteger el arte al

aire libre en ámbito sin riesgos del gabinete del coleccionista o del museo. Este criterio estaba entonces muy arraigado, y sirvió de base para justificar, por ejemplo, los "strappos" masivos de que fué objeto la gran pintura mural del románico catalán, hoy en el Museo de Arte Medieval de Barcelona; en nuestros días, tan graves alteraciones de la realidad contextual de las obras de arte parecen inadmisibles pero, si queremos entender la evolución de los criterios en este aspecto, tendremos que ser conscientes de que nuestra manera de ver las cosas descansa en la certeza de saber salvaguardadas por la legislación y por la tutela de la Instituciones no sólo esta realidad contextual sino, sobre todo, la misma integridad física del bien cultural.

II. LA RESTAURACION EN LA ARQUEOLOGIA DE CAMPO

En la vasta labor desarrollada por Cabré como excavador, ya en la madurez de su carrera, y durante la treintena que se extiende desde 1916, en que acomete sus campañas en los yacimientos ibéricos andaluces, hasta 1945, en que excava Recópolis (Ciclo IV de la Biografía de Beltrán)⁶, el arqueólogo fundamenta su trabajo tanto como en los conocimientos teóricos que adquiere a través de sus constantes estudios, o por sus observaciones personales sobre el terreno, en el dominio de una serie de técnicas auxiliares, cuyo conocimiento había logrado y ejercitado en la época anterior:

dibujo, planimetría, fotografía y, finalmente, Restauración.

La práctica cotidiana de la Arqueología de campo demuestra cuán necesaria es esta última, tanto para una adecuada extracción de los materiales, como para la correcta conservación de las estructuras arqueológicas mismas. Por consiguiente, hoy no se concibe que en un equipo que aborde una excavación con garantías científicas no tenga su presencia activa el restaurador. Sin embargo, este criterio es relativamente actual en nuestra Arqueología pues, salvo casos excepcionales, hace tan solo veinticinco años la Restauración era tarea relegada al laboratorio o al museo. Ahora bien, la salida de los restauradores a los yacimientos no es un fenómeno que, a nuestro entender, responda enteramente a la mejor formación de nuestros jóvenes arqueólogos, sino que está también muy relacionado con la reputación científica y el entusiasmo de algunos técnicos formados en la Escuela de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, entre los que destaca la figura del malogrado Amitrano, cuya labor y magisterio hay que considerar decisivos en este sentido.

El caso de Cabré, incorporando a su escasa plantilla, ya en la década de los veinte, algún profesional de la restauración, siéndole singular, resulta consecuente con su capacitación en esta materia, pues es difícil que ningún arqueólogo de su generación conociera como él los procesos de alteración de los hallazgos y, en consecuencia, los

beneficios aportados por los tratamientos "In situ". Por otra parte, de la presencia de estos técnicos en campaña se derivaba la ventaja adicional de que, a través de su formación, entonces de índole puramente artesanal, constituyesen un magnífico escalón intermedio entre la peonada y el arqueólogo mismo; esta razón, y el hecho burocrático - y muy significativo- de que por aquel entonces no estuvieran previstas, en las excavaciones, consignaciones presupuestarias para el personal restaurador, mientras que la figura de capataz, perfectamente institucionalizada, sí podía ser objeto de retribuciones, explica el que en las campañas arqueológicas de Cabré los restauradores asumieran frecuentemente el cargo de capataces.

Somos conscientes de que ahora y aquí la asociación de los términos y de las funciones restaurador-capataz revestirán claras connotaciones peyorativas; pero de nuevo queremos recordar que, modestamente, estamos tratando de hacer historiografía, y hablamos de acontecimientos y criterios de días transcurridos hace ya más de sesenta años, en tanto que la restauración como ciencia, así como la formación técnica de los profesionales que la ejercitan resultan, en nuestro entorno, realidades muy posteriores. Por lo demás, uno de nosotros, presente y participe en buen número de excavaciones de Cabré, puede atestiguar como éste procuraba constantemente la dignificación profesional de sus restauradores, ensanchando el espacio de sus

conocimientos y, al mismo tiempo, el de sus funciones y responsabilidades, de manera que, trascendiendo a las específicas de su oficio -extracción de depósitos, limpieza, embalaje y almacenamiento de los materiales, etc.- estuvieran en condiciones, durante las emergencias motivadas por las raras ausencias del arqueólogo y sus auxiliares más cercanos, de hacerse cargo de la redacción del Diario, o de la localización planimétrica de los hallazgos, y su ulterior inventariación etc.

Por cierto, que desde estas líneas queremos consagrar también un recuerdo emocionado a estos valiosísimos colaboradores, cuyo trabajo facilitó, tan decisivamente, la consecución de los logros científicos rendidos por las campañas arqueológicas dirigidas por Juan Cabré: Luis Pérez Fortea y José García Cernuda son los nombres de los restauradores que intervinieron en la realización de estas excavaciones⁷, aunque nunca lo hicieron simultáneamente en la misma estación, pues el arqueólogo prefería que cada uno dirigiera sus capacidades y dedicación a determinado o determinados yacimientos.

Pérez Fortea, por ejemplo, como hijo de Lorenzo Pérez Temprado, uno de los notables del grupo del Boletín de Historia y Geografía del bajo Aragón que, junto a Cabré compartió las responsabilidades de la dirección de las excavaciones de Azaila, desde 1919 hasta 1935, estuvo ligado a este yacimiento hasta 1942 (Fig. 3), pero también intervino en la totalidad de las

campañas de Las Cogotas, castro y necrópolis, así como en la inicial del Castro de Sanchorreja (1931), enteramente dirigida por Cabré.

En cambio, García Cernuda formó parte del equipo de nuestro arqueólogo en las excavaciones de la Necrópolis del Altillio de Cerropozo (1912), en la totalidad de las campañas llevadas a cabo en el Castro y la Necrópolis de la Osera (1932-1945).

El trabajo más significativo de restauración de estructuras arqueológicas que Cabré hubo de acometer a lo largo de su carrera deber ser considerado, sin duda, el que dirigió durante el otoño de 1940 sobre el Cabezo de Alcalá, Azaila (Teruel). Este magnífico yacimiento iberorromano que, como hemos visto, había excavado con Pérez Temprado de 1919 a 1935, llegó a constituir, en la última guerra civil, un punto fundamental del sistema defensivo en el frente republicano del río Aguasvivas, sufriendo considerables destrozos y alteraciones, sobre todo con motivo de adecuación a tal finalidad castrense.

Promovido Cabré “Director oficial de los trabajos de Restauración” de Azaila, su actuación en lo que él denominó “Ruinas sobre ruinas”⁸ presenta hoy un indudable interés pues, a pesar de que realizara reconstrucciones en puntos esenciales para la comprensión del yacimiento (El templo), es posible percibir en su labor la influencia de las corrientes criteriológicas establecidas en la

Carta de Atenas y en la Ley de Patrimonio de 1933.

III. LA RESTAURACION EN LA ARQUEOLOGIA DE LABORATORIO

En el proceso de acondicionamiento de los materiales procurados por la Arqueología de campo, con vistas a su estudio y publicación, deben ser incluidas, frecuentemente, actuaciones restauratorias tendentes a facilitar la lectura de las realidades físicas, estéticas y funcionales de estos documentos; los conocimientos de Juan Cabré en el campo de la Restauración permitieron, sin duda, que el arqueólogo abordara esta fase de gabinete en condiciones óptimas y que, en consecuencia, los análisis descriptivos de las piezas por él publicadas, así como sus dibujos y fotografías, las definieran con claridad y precisión particularmente notables.

Como puede comprenderse, en este esfuerzo de recuperación de las particularidades esenciales de los objetos, la labor más frecuentemente realizada era la de su limpieza acometida, casi siempre por procedimientos mecánicos; así pudieron salir a la luz, bajo las hábiles y cuidadosas manos de Cabré y, en ocasiones, bajo las menos expertas de uno de nosotros, debidamente dirigido por el arqueólogo, la totalidad de las bellísimas teorías decorativas de espadas y puñales hallados en nuestras excavaciones, entre las que cabe destacar ciertos ejemplares de las

Necrópolis del Altillio de Cerropozo, de las Cogotas y de la Osera⁹. (Fig. 4, a).

Una vez que estos tratamientos habían dejado legibles las ornamentaciones, y estábamos en condiciones de fotografiarlas (Fig. 4, b) y dibujarlas, era posible avanzar un paso más en el intento de recuperación del aspecto original de los ejemplares más hermosos, por medio de una técnica perfeccionada por Cabré, y que él mismo o uno de nosotros realizaba actuando, no sobre las piezas mismas, sino sobre los positivos de sus imágenes fotográficas (Fig. 4, c); tales procedimientos, característicos de la Arqueología de laboratorio, permitieron la incorporación a la Historia del Arte hispánico de un mundo decorativo maravilloso y casi desconocido.

IV. LA RESTAURACION EN LOS MUSEOS

La vida profesional de Juan Cabré estuvo estrechamente asociada a las instituciones museísticas de nuestro país desde antes de 1920; en 1925 obtuvo por concurso oposición el cargo de “Colector preparador” del entonces Museo Antropológico, pero hacía ya más de cinco años que venía colaborando regularmente en la labor científica de aquel Centro. En 1922 fué nombrado Director del Museo Cerralbo, cargo que habría de desempeñar hasta finales de 1939 y, por último, desde 1942 hasta su muerte fué Conservador en el Museo Arqueológico Nacional¹⁰.

La etapa más esforzada, pero también la más interesante de Cabré como profesional en el mundo de los museos fue, sin duda, la dedicada al Cerralbo pues, bajo su gestión, la casa de un aristócrata del siglo XIX, singularmente dotado para el gran coleccionismo, llegó a convertirse en un museo, en el significado real de la palabra; pero este trabajo conllevó para nuestro hombre tales esfuerzos y penalidades, distrayéndole de su verdadera vocación, la Arqueología, que no le hubiera compensado llevarlo a término a no ser por su personal vinculación con la figura de Don Enrique de Aguilera y Gamboa, XVII Marqués de Cerralbo, generoso humanista y mecenas cuyo palacio y colecciones, donados al Estado, constituyeron la base del museo.

Una vez realizada la extenuante labor de catalogación de los fondos del nuevo Centro, Cabré se propuso modernizar sus instalaciones y, habiendo obtenido a tal efecto una pensión de la Junta de Ampliación de Estudios, viajó a Francia, Italia, Alemania, Austria y Checoslovaquia, girando visita profesional a las principales instituciones museísticas de aquellos países; por cierto que, entonces, tuvo oportunidad de entrar en contacto con las técnicas más evolucionadas de Restauración de bienes muebles, sobre todo a través de lo que se hacía en los laboratorios de los museos de Berlín.

Las favorables expectativas abiertas, tras este viaje, respecto a las instalaciones del Cerralbo,

quedaron truncadas por la guerra civil; la situación del museo, en primera línea del frente, propició daños de cierta consideración en el edificio, causados por la artillería nacionalista. Ante tales peligros hubo que improvisar un refugio para las obras de arte; el proyecto, sobre indicaciones previas de Cabré, fué llevado a cabo por el entonces joven arquitecto Fernando Chueca Goitía.

Finalizada la confrontación, pudo comprobarse que la humedad del recinto donde las piezas de la colección Cerralbo estuvieron protegidas había producido alteraciones de diversa entidad en las capas superficiales de buen número de pinturas. En esta ocasión Cabré se ocupó personalmente del tratamiento de los cuadros afectados, regenerando, entre otros trabajos, los barnices pasmados del gran lienzo de Palma el Joven “La preconización del Cardenal Pacheco”, y realizando la limpieza completa de otros muchos entre los que, por su calidad cabe citar la “Cabeza de muchacho” y la “Inmaculada” de Zurbarán, y el “San Francisco” del Greco.

Cuando, en 1942, Cabré obtuvo por Oposición la plaza de “Preparador de la Sección de Prehistoria y Edad Antigua” del Museo Arqueológico Nacional, fué requerido a que simultanease, con las funciones de dicho cargo, las de “Conservador encargado de promover la catalogación y restauración de los materiales”¹¹. Este hecho habla bien a las claras de la reputación que el arqueólogo había alcanzado en torno a los

temas relativos a la Restauración, que en la institución de la calle de Serrano era especialmente valorada tras su colaboración, durante los años de la guerra, en la organización del proyecto de Cayetano Mergelina de restaurar y reproducir las obras de arte más selectas entre las que habían sido almacenadas en el museo por la Junta de Incautación.

En su etapa del Museo Arqueológico, frente al laboratorio de Restauración que él había contribuido a mejorar, con su influencia en la formación de sus más notables técnicos, Pérez Fortea y García Cernuda, Juan Cabré hubiera querido acometer, una vez culminadas las excavaciones de la Osera y Recópolis, los dos proyectos que, realizados, hubieran permitido dar un paso fundamental hacia la investigación y el conocimiento de la Protohistoria peninsular: la normalización de los fondos de las campañas arqueológicas de Cerralbo, en la zona oriental de la Meseta, y los de las suyas propias, en la occidental. Pero sus días estaban contados, y su desaparición prematura truncó tales expectativas y la etapa de madurez de una carrera cuyo más profundo significado no creemos posible entender sin la evaluación previa del papel que en ellas jugara cada elemento que la había conformado, incluyendo aquellos que, como el del que hemos tratado, hasta hoy considerado marginal, poseen sin duda un peso específico considerable en la manera en que Cabré entendió y llevó a cabo su verdadera profesión: la arqueología.

NOTAS

- ¹ Cabré Aguiló, Juan: Excavaciones practicadas en el monte de San Antonio de Calaceite. Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Año VIII, 1908, pp. 234 y ss.
- ² Se trata del capítulo dedicado a este yacimiento en el inédito Catálogo Monumental de Teruel (Cuatro Vols. fechados en 1908-1909 y depositados en el Centro de Estudios Históricos). Dicho Capítulo ha sido publicado, con prólogo de Francisco Burillo en KALATHOS, 3-4. Teruel, 1983-84. pp. 10 y ss.
- ³ KALATHOS, 3-4, 1983-84, p. 35 (Lam. 64. Fig. 85 del Catálogo).
- ⁴ Ibidem. p.41 (Lam. 71, Fig. 93 del Catálogo).
- ⁵ Beltrán Martínez, Antonio: Cabré y el arte rupestre. Juan Cabré Aguiló. Encuentro de homenaje. Zaragoza, 1982-1984. p. 42.
- ⁶ Beltrán Martínez, Antonio: Biografía de Juan Cabré Aguiló. Juan Cabré Aguiló. Encuentro homenaje. Zaragoza, 1984. pp. 16-18.
- ⁷ Ambos estuvieron en posesión de sendas plazas no escalafonadas de restauradores con destino en el Museo Arqueológico Nacional, donde desarrollaron una labor amplia y fecunda.
- ⁸ Cabré Aguiló, Juan: La Acrópolis de Alcalá, Azaila (Teruel). Archivo Español de Arqueología, 1941. pp. 232 y ss.
- ⁹ Véase una selección de estas armas en el reciente estudio de M^a Isabel Baquedano Beltrán "La guerra y el armamento". Los celtas en la Península Ibérica. Monográfico de la Revista Arqueología. Madrid, diciembre 1991. pp. 68 y ss.
- ¹⁰ Ripoll Perelló, Eduardo: Don Juan Cabré Aguiló y los museos. Juan Cabré Aguiló. Encuentro de homenaje. 1884. pp. 56-57.
- ¹¹ Ibidem. p. 56



Fig. 1.
Cerámica del Departamento 1.º de San Antonio de Calaceite. En primer término el Kylix ático con reintegraciones de escayola a su color. Foto Cabré.



Fig. 2.
a.— Ciervo del abrigo de los Moros. Barranco de Calapatá, Cretas (Teruel). (Según Cabré).

b.— Placa de piedra con la pintura rupestre de un ciervo del abrigo del Moros. Museo Arqueológico de Barcelona. Foto Pijoan.



Fig. 3
Túmulo frente al acceso principal de la ciudad iberorromana del Cabezo de Alcalá, Azaila (Teruel). Campaña de 1931. A la izquierda, Luis Pérez Fortea; a la derecha, Emilio Camps Cazorla. Foto Cabré.



a



b



c

Fig. 4
a.— Depósito funerario en la tumba 1498, zona V, de la Necrópolis de la Osera Charmartín de la Sierra (Avila). Foto Cabré.
b.— Pomo de la espada de la Tumba 1498 de la Osera, de después de su restauración. Foto Cabré.
c.— Reconstrucción del aspecto original de la pieza. Positivo fotográfico retocado por M.º de la E. Cabré.